

FRANCK THILLIEZ

SHARKO

FRANCK THILLIEZ

SHARKO

Traducción de Josep M. Pinto

Título original: *Sharko*

© 2017, Fleuve Editions, Department d'Univers Poche

© por la traducción, Josep María Pinto

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2018

ISBN: 978-84-08-19032-5

Depósito legal: B. 12.443-2018

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Athis-Mons, extrarradio sur de París

Unos seis meses más tarde, septiembre de 2015

—Tu tío se había montado un despacho bajo el desván, era su territorio, y yo no iba casi nunca. Había tantas maquetas de aviones que no podías circular sin aplastar una. No había mucho más que le importara, aparte de su oficio y sus aviones.

Los aviones... Lucie Henebelle se acordaba perfectamente de aquellos pequeños momentos. Cuando era una chiquilla, Anatole fabricaba aviones con papel, cartón o incluso contrachapado. Se llevaba esas maravillas a las playas del norte y las proyectaba desde la cima de las dunas de Malo-les-Bains ante su sobrina de rubias coletas, loca de alegría. Había pasado mucho tiempo. Treinta años más tarde, Anatole estaba muerto, fulminado en plena noche por un ataque al corazón.

Régine le entregó una carpeta. Mientras que su marido era de tipo compacto y rollizo, ella se erguía esbelta, con la frente alta y los cabellos con amplios rizos irregulares. Desde hacía unos diez años cojeaba y se movía con dificultad pese a la ayuda de un bastón, lo cual no le impedía conducir o deambular por todo el barrio. Aquí todo el mundo la conocía.

—Lo que tienes entre las manos estaba oculto en el fondo de un cajón cerrado, en el desván. Tiene que ver con su último caso, la desaparición de Laëtitia Charlent, una chica de veinte años.

Lucie no había oído hablar nunca de ella. Vivía a una media hora de la pequeña urbanización de Athis, pero raramente venía a visitar a esta parte de la familia. Sus gemelos, su ritmo de locos en la policía criminal del quai des Orfèvres, las preocupaciones cotidianas que debía gestionar... Hizo restallar las gomas de la carpeta.

En el interior se acumulaban unas veinte fotocopias de atestados, certificados de penales, páginas extraídas de un sumario del procedimiento penal, una multitud de fotografías. En las primeras se distinguía a una joven mestiza de aspecto masculino, rostro luminoso, cabello negro rizado y tupido, un *piercing* con un diamante en la nariz.

—Ésta es la chica, la desaparecida, Laëtitia Charlent. Es bonita, ¿verdad? Y él, este tipo patibulario de las otras fotos, ahí detrás, es Julien Ramirez.

Lucie escrutó los rasgos de un individuo de unos treinta años, con el cabello castaño ondulado y un rostro de sílex con aristas angulosas. En efecto, tenía un rostro patibulario, con su mentón pronunciado, sus mejillas hundidas que redondeaban una boca de piñón, sin olvidar sus ojos de nutria, negros y brillantes. Su informe de penales mencionaba una pena de prisión en Fleury, de 2008 a 2012, por agresión, posesión ilegal de armas e intento de violación. También había una copia del dossier compilado por el secretario judicial durante el juicio.

—Vive entre Longjumeau y La Ville-du-Bois, en una casa aislada a cierta distancia de la nacional 20, cerca del bosque —prosiguió su tía—. Ya sabes, no muy lejos del re-

petidor telefónico que bordea la nacional. Apenas a quince kilómetros de aquí.

Régine le tendió un bloque de silicona azul que estaba sobre la mesa junto a dos tazas de café humeantes.

—Aproximadamente una semana antes de que tu tío nos dejara, llegó este kit de silicona a su nombre, por correo. Anatole me explicó que lo había encargado por internet y que era para sus maquetas de aviones. Pero mintió.

Lucie constató, en efecto, el molde de una llave en una de las caras del bloque. Su tía sacó del bolsillo la pieza metálica y la encajó en el molde.

—Este bloque lo utilizó para obtener el molde de esta llave. Su resguardo del Carrefour de La Ville-du-Bois estaba en la carpeta. Anteayer fui al centro comercial donde está la tienda, con el papel, y a cambio el técnico me dio esta llave y me devolvió la silicona. Según me contó, Anatole les había dejado este molde tres días antes de su infarto, el... 7 de julio, exactamente.

—Hace dos meses y medio.

—Sí, dos meses y medio ya. Anatole no tuvo tiempo de ir a buscar la llave. Temí que hubiera pasado demasiado tiempo, pero, gracias a Dios, el hombre la había guardado. Estoy casi segura de que se trata de la copia de la llave de una puerta de entrada. Y te confirmo: tu tío quería entrar en casa de Ramirez. No sé cómo logró obtener el molde de la llave de este individuo. Acaso husmeando en su furgoneta, o haciéndose pasar por alguien que no era. Después de todo, Ramirez nunca supo que Anatole lo investigaba a él.

—¿Cómo sabes que esta copia es la de este... Ramirez?

—Por estas otras fotos, debajo. Mira.

Todas las fotos, tomadas de noche, tenían poca definición. Anatole había ametrallado sin flash, emboscado, al

parecer, detrás de los árboles. Sobre el papel brillante se distinguía una camioneta dispuesta de tal modo que sus portezuelas traseras abiertas se encontraban apenas a un metro de la entrada de una vivienda. Evidentemente, el tal Ramirez trasladaba sacos u objetos pesados desde el interior de la casa al vehículo.

—Son la casa y la camioneta de trabajo de Ramirez. La fecha en el dorso de las fotos indica que se tomaron una semana antes de que tu tío solicitara el molde. En este período, Anatole me hacía creer que pasaba las veladas en el club de billar. Volvía dos veces por semana cerca de la una de la madrugada. Pero ayer me di cuenta, al descubrir todo esto, de que me había mentido. De noche vigilaba a Ramirez.

Lucie bebió un sorbo de café, impactada por las revelaciones de Régine, que la había llamado el día antes y le había preguntado si podía venir para hablar sobre una serie de descubrimientos relacionados con Anatole. De ahí a imaginar que aquello la llevaría a un asunto criminal...

—Tienes que explicarme algo con más precisión, tía, porque no comprendo todo lo que me explicas. Aparentemente, se trata de una desaparición. Una víctima, Laëtitia Charlent. Un sospechoso, Julien Ramirez. Pero este dossier oculto, estas fotos, esta llave: ¿mi tío estaba implicado en una investigación oficial o no?

—Oficial muy al principio, pero con esta carpeta y esta llave me doy cuenta de que no me lo dijo todo y que fue mucho más lejos. Te resumo la historia. Hace unos cuatro meses, a mediados de mayo, Laëtitia Charlent, que vivía desde hace diez años en casa de los Verger, una familia de acogida, no volvió del centro para jóvenes donde pasaba las tardes. Este centro se encuentra a tres o cuatro kilómetros de aquí. Se dio aviso a la comisaría de Athis, tu tío se

encargó de las primeras investigaciones de proximidad con sus colegas. Laëtitia era inestable, en varias ocasiones había amenazado a los Verger con que se largaría. Así que, ¿quizá estaba en casa de una amiga, de alguien conocido, en un centro de los alrededores? Pero al cabo de tres días de búsquedas infructuosas, se abrió un procedimiento por desaparición involuntaria y se confió a ese centro para desapariciones de París.

—La oficina central que se encarga de las desapariciones involuntarias de personas. La OCDIP.

—Eso es, la OCDIP. Sabes mejor que yo cuántas desapariciones al año gestionan tus colegas. Miles. El dossier se apila con otros dossieres, y nadie mueve el culo para encontrar a Laëtitia. Es mayor de edad. Una chiquilla originaria de Reunión abandonada desde la primera infancia, a quien paseaban de centro en centro antes de colocarla, que varias veces amenazó con desaparecer... ¿Cómo no van a pensar que se ha fugado?

Régine bebió un sorbo de café.

—Todo esto irritaba a Anatole. Acababa de jubilarse, pero conocía a esta familia, forman parte de la asociación para el Telemaratón, donde todavía los veo varias veces por semana. Buena gente que se siente responsable de lo que ha pasado. Y yo apreciaba a Laëtitia, de verdad que era una buena chica. En fin, resumiendo, ya conoces a tu tío, tenía cuarenta años de oficio a sus espaldas y no soportaba los fracasos. Y, además, siempre decía que no se pasa instantáneamente de «poli» a «no poli» sólo por jubilarse. Si uno es poli un día, siempre será poli...

A sus cuarenta y dos años, Lucie *sólo* tenía dieciocho años de antigüedad, pero ya se había dado cuenta de que su oficio había contaminado el conjunto de las células de

su organismo y colonizado todos los espacios de su vida privada. Por descontado, su cerebro debía de tener forma de pistola. Y vivir con Franck Sharko, con veintisiete años en la Criminal, no arreglaba las cosas.

—Así que tío Anatole siguió indagando por su cuenta. Llevaba su propia investigación.

—Exactamente. Malgastaba sus días interrogando a los vecinos, él solo. A la larga, yo ya no soportaba su testarudez, discutíamos a menudo. Era su jubilación, y se la había merecido. Ni siquiera pudo disfrutarla.

Extrajo un pañuelo de una caja y derramó algunas lágrimas. Lucie ya no recordaba el año de su boda, pero siempre los había conocido juntos, desde su primera juventud.

—Pero su tozudez acabó dando resultado. Al cabo de tres semanas, dos testigos diferentes coincidieron y evidenciaron la presencia de una camioneta de empresa, gris. Unos días antes de la desaparición de Laëtitia, se encontraba en una calle adyacente a la de la familia de acogida, a dos pasos del centro para jóvenes. En unas siglas de gran tamaño en la carrocería se leía «BÂTIMAT». A Anatole no le costó encontrar la empresa: era la de Julien Ramirez, un artesano autónomo especializado en la reforma de viviendas.

Aplastó su índice en la cara de papel satinado de Ramirez.

—En esas ocasiones estaba él al volante, Lucie. Tu tío, aunque estaba jubilado, pidió a un compañero de la comisaría que realizara una indagación y descubrió que Ramirez ya había sido condenado a prisión por agresión e intento de violación de 2008 a 2012. Inmediatamente señaló este dato a los parisinos encargados de la investigación. Puedes imaginar que no les gustó su iniciativa de cowboy solitario... No importa: el hecho es que interrogaron a Ra-

mirez como testigo. Pero no tenían nada contra él, y apenas lo molestaron.

—¿Cómo justificó su presencia en las inmediaciones de los lugares en que se movía Laëtitia?

—En aquella época, llamaba a todas las puertas para hacer publicidad de su empresa, repartía sus datos de contacto. Los vecinos pudieron confirmarlo. Ramirez no tenía ninguna relación con Laëtitia, nadie los vio jamás juntos. Y, sobre todo, un cliente fue rotundo: en el momento del secuestro, estaba pintando una fachada a treinta kilómetros de allí. Por ello, tus colegas parisinos no dieron continuidad al caso, y Ramirez nunca fue arrestado. Todo este tema representó un duro golpe para Anatole.

Con un suspiro, llenó la taza de café de Lucie, quien se lo agradeció con un gesto.

—Yo pensaba que había abandonado totalmente el caso, que se había resignado, hasta que encontré esta carpeta y esta llave. Verás, incluso hay una copia de un fragmento del sumario del procedimiento penal del juicio de 2008. Peritajes psiquiátricos y todo. He echado un vistazo, este Ramirez era un enfermo redomado.

Lucie vio el voluminoso documento.

—El Tribunal de Primera Instancia de Bobigny... ¿Y cómo obtuvo este dossier?

—No tengo ni idea, lo estoy descubriendo al mismo tiempo que tú. Pero seguro que mediante sus contactos, conocía a mucha gente. Ya lo ves, se obsesionó con el tema de Laëtitia. También vigiló a Ramirez para intentar comprender. Me decía que este tipo no había actuado solo... Que tal vez había vigilado a la muchacha, pero no había procedido a su secuestro. Que debía de tener un cómplice por fuerza.

Régine le cogió la mano derecha y la apretó entre las suyas.

—Ya sé que hace cuatro meses que Laëtitia ha desaparecido, pero quizá sigue con vida, Lucie. Tal vez este cabrón la retiene en un escondrijo en el fondo de su sótano o en otra parte para infligirle no sé qué tipo de horrores. Aunque ya no te veíamos mucho, tu tío siempre había sentido un gran afecto por ti. Eres la hija de su hermana, se hizo cargo de ti y de tu madre cuando tu padre murió. Y, además, se sentía orgulloso de que fueras policía en el 36.

Miró fijamente a Lucie sin decir nada más.

—Tía... ¿Qué quieres que haga, exactamente?

—Que eches un vistazo a sus investigaciones, que te formes tu propia opinión. Y que, si tienes la sensación de que puedes ir más lejos, entonces..., no lo sé, ¿reanudar una investigación concienzuda desde el 36?

—Es más complicado de lo que parece, ya lo sabes.

—Sí, sí, pero si te confío esta historia es porque tengo confianza en ti. No se puede dejar conscientemente a alguien como Ramirez en libertad. Tus colegas del servicio de desapariciones no mueven un dedo y, créeme, si todavía fuera capaz de propinar una patada en el culo a esta escoria de Ramirez, lo haría.

Lucie reflexionó unos segundos.

—¿Nadie está al corriente? ¿Ni siquiera mi madre?

—Sólo nosotras dos.

—¿Estás segura? ¿No has dicho nada en el barrio? ¿Ni a tus amigas de las asociaciones?

—Te aseguro que no.

Lucie escrutó fijamente a su tía con la mirada. Vació su taza de café, cogió la carpeta y se levantó.

—Muy bien, voy a echar un vistazo si quieres. Pero no debes hablar de esto con nadie. Ni con mamá, ni sobre todo con Franck, no quiero implicarlo en esto de momento, está con un caso importante. Es un asunto entre tú y yo. ¿Sabrás mantener la boca cerrada?

Su tía se pasó los dedos sobre la boca, como quien se cose los labios. Luego se levantó con la ayuda del bastón y la abrazó.

—Gracias, Lucie. No has cambiado. Sabía que podía contar contigo.